Adiós Cordera!

Leopoldo Alas
(Clarín)

¡Eran tres, siempre los tres!: Rosa, Pinín y la Cordera.
El prao Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista,
con sus jícaras blancas y sus alambres paralelos, a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado.
Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fue atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres.
Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las jícaras que había visto en la rectoral de Puao. Al verse tan cerca del misterio sagrado le acometía un pánico de respeto, y se dejaba resbalar de prisa hasta tropezar con los pies en el césped.
Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta

cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapasón, que aplicado al oído parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los papeles que pasaban, las cartas que se escribían por los hilos, el lenguaje incomprensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La Cordera, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo como lo que era para ella efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcitos encargados
de Ilindarla, como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la Cordera, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados,
y después sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, y todo lo demás aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuándo le había picado la mosca.

"El xatu (el toro), los saltos locos por las

praderas adelante., ¡todo eso estaba tan lejos!"
Aquella paz sólo se había turbado en los
días de prueba de la inauguración del
ferrocarril.
La primera vez que la Cordera vio pasar
el tren se volvió loca. Saltó la sebe de lo más
alto del Somonte, corrió por prados ajenos, y
el terror duró muchos días, renovándose; más
o menos violento, cada vez que la máquina
asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco
se fue acostumbrando al estrépito inofensivo.
Cuando llegó a convencerse de que era un
peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba
sin dar, redujo sus precauciones a
ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza
erguida, al formidable monstruo; más
adelante no hacía más que mirarle, sin
levantarse,
con antipatía y desconfianza; acabó por
no mirar al tren siquiera. En Pinín y Rosa la
novedad del ferrocarril produjo impresiones
más agradables y persistentes. Si al principio
era una alegría loca, algo mezclada de miedo
supersticioso, una excitación nerviosa, que les
hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas
descabelladas, después fue un recreo
pacífico, suave, renovado varias veces al día.
Tardó mucho en gastarse aquella emoción de
contemplar la marcha vertiginosa, acompañada
del viento, de la gran culebra de hierro,
que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas
castas de gentes desconocidas, extrañas.
Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso era lo
de menos: un accidente pasajero que se ahogaba
en el mar de soledad que rodeaba el
prao Somonte. Desde allí no se veía vivienda
humana; allí no llegaban ruidos del mundo
más que al pasar el tren. Mañanas sin fin,
bajo los rayos del sol, a veces entre el zumbar
de los insectos, la vaca y los niños esperaban
la proximidad del mediodía para volver a casa.
Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza
silenciosa,
en el mismo prado, hasta venir la
noche, con el lucero vespertino por testigo
mudo en la altura. Rodaban las nubes allá
arriba, caían las sombras de los árboles y de
las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban
los pájaros, empezaban a brillar algunas
estrellas en lo más oscuro del cielo azul, y
Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de
Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce
serenidad soñadora de la solemne y seria na-
turaleza, callaban horas y horas, después de

sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados
cerca de la Cordera, que acompañaba el augusto
silencio de tarde en tarde con un blanco
son de perezosa esquila.
En este silencio, en esta calma inactiva,
había amores. Se amaban los dos hermanos
como dos mitades de un fruto verde, unidos
por la misma vida, con escasa conciencia de
lo que en ellos era distinto, de cuanto los
separaba;
amaban Pinín y Rosa a la Cordera, la
vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz
parecía una cuna. La Cordera recordaría a un
poeta la zavala del Ramayana, la vaca santa;
tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne
serenidad de sus pausados y nobles
movimientos, aire y contornos de ídolo
destronado,
Caído, contento con su suerte, más
satisfecha con ser vaca verdadera que dios
falso. La Cordera, hasta donde es posible
adivinar
estas cosas, puede decirse que también
quería a los gemelos encargados de apacentarla.
Era poco expresiva; pero la paciencia con
que los toleraba cuando en sus juegos ella les
servía de almohada, de escondite, de montura,
y para otras cosas que ideaba la fantasía de
los pastores, demostraba tácitamente el afecto
del animal pacífico y pensativo.
En tiempos difíciles Pinín y Rosa habían
hecho por la Cordera los imposibles de solicitud
y cuidado. No siempre Antón de Chinta
había tenido el prado Somonte. Este regalo
era cosa relativamente nueva. Años atrás la
Cordera tenía que salir a la gramática, esto es,
a apacentarse como podía, a la buena ventura
de los caminos y callejas de las rapadas y
escasas praderías del común, que tanto tenían
de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa,
en tales días de penuria, la guiaban a los
mejores altozanos, a los parajes más tranquilos
y menos esquilmados, y la libraban de las
mil injurias a que están expuestas las pobres
reses que tienen que buscar su alimento en
los azares de un camino.
En los días de hambre, en el establo, cuando
el heno escaseaba y el narvaso para estrar
el lecho caliente de la vaca faltaba también, a
Rosa y a Pinín debía la Cordera mil industrias
que le hacían más suave la miseria. ¡Y qué
decir de los tiempos heroicos del parto y la
cría, cuando se entablaba la lucha necesaria
entre el alimento y regalo de la nación y el

interés de los Chintos, que consistía en robar
a las ubres de la pobre madre toda la leche
que no fuera absolutamente indispensable
para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín,
en tal conflicto, siempre estaban de parte de
la Cordera, y en cuanto había ocasión, a
escondidas,
soltaban el recental que, ciego y
como loco, a testaradas contra todo, corría a
buscar el amparo de la madre, que le albergaba
bajo su vientre, volviendo la cabeza
agradecida y solícita, diciendo, a su manera:
-Dejad a los niños y a los recentales que
vengan a mí.
Estos recuerdos, estos lazos son de los que
no se olvidan. Añádase a todo que la Cordera
tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo.
Cuando se veía emparejada bajo el yugo
con cualquier compañera, fiel a la gamella,
sabía meter su voluntad a la ajena, y horas y
horas se la veía con la cerviz inclinada, la
cabeza
torcida en incómoda postura, velando en
pie mientras la pareja dormía en tierra.
Antón de Chinta comprendió que había nacido
para pobre cuando palpó la imposibilidad
de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener
un corral propio con dos yuntas por lo menos.
Llegó, gracias a mil ahorros, que eran mares
de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a
la primera vaca, la Cordera, y no pasó de ahí:
antes de poder comprar la segunda se vio
obligado, para pagar atrasos al amo, el dueño
de la casería que llevaba en renta, a llevar al
mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la
Cordera, el amor de sus hijos. Chinta había
muerto a los dos años de tener la Cordera en
casa. El establo y la cama del matrimonio
estaban pared por medio, llamando pared a
un tejido de ramas de castaño y de cañas de
maíz. Ya Chinta, musa de la economía en
aquel hogar miserable, había muerto mirando
a la vaca por un boquete del destrozado tabique
de ramaje, señalándola como salvación
de la familia.
"Cuidadla; es vuestro sustento", parecían
decir los ojos de la pobre moribunda, que murió
extenuada de hambre y de trabajo. El
amor de los gemelos se había concentrado en
la Cordera; el regazo, que tiene su cariño
especial,
que el padre no puede reemplazar,
estaba al calor de la vaca, en el establo, y allá
en el Somonte. Todo esto lo comprendía Antón

a su manera, confusamente. De la venta
necesaria no había que decir palabra a los
niños. Un sábado de julio, al ser de día, de
mal humor, Antón echó a andar hacia Gijón,
llevando la Cordera por delante, sin más atavío
que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían.
Otros días había que despertarlos a
azotes. El padre los dejó tranquilos. Al
levantarse
se encontraron sin la Cordera. "Sin duda,
mío pá la había llevado al xatu." No cabía otra
conjetura. Pinín y Rosa opinaban que la vaca
iba de mala gana; creían ellos que no deseaba
más hijos, pues todos acababa por perderlos
pronto, sin saber cómo ni cuándo.
Al oscurecer, Antón y la Cordera entraban
por la corrada mohínos, cansados y cubiertos
de polvo. El padre no dio explicaciones, pero
los hijos adivinaron el peligro.
No había vendido porque nadie había querido
llegar al precio que a él se le había pues-
to en la cabeza. Era excesivo: un sofisma[1] del
cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie
se atreviese a llevársela. Los que se habían
acercado a intentar fortuna se habían alejado
pronto echando pestes de aquel hombre
que miraba con ojos de rencor y desafío al
que osaba insistir en acercarse al precio fijo
en que él se abroquelaba[2]. Hasta el último
momento del mercado estuvo Antón de Chinta
en el Humedal, dando plazo a la fatalidad.
"No se dirá -pensaba- que yo no quiero vender:
son ellos que no me pagan la Cordera en
lo que vale". Y, por fin, suspirando, si no
satisfecho,
con cierto consuelo, volvió a emprender
el camino par la carretera de Candás,
adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos
y novillos, bueyes y vacas, que los aldea-
1 Razón o argumento aparente con que se quiere
defender
o persuadir lo que es falso.
2 Abroquelarse: mantenerse alguien firme en su
posición, nos de muchas parroquias[3] del contorno
conducían
con mayor o menor trabajo, según
eran de antiguo las relaciones entre dueños y
bestias.
En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos,
todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse
sin la Cordera: un vecino de Carrió que
le había rondado todo el día ofreciéndole pocos
duros menos de los que pedía, le dio el
último ataque, algo borracho...

El de Carrió subía, subía, luchando entre la
codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón,
como una roca. Llegaron a tener las manos
enlazadas, parados en medio de la carretera,
interrumpiendo el paso. . . Por fin la codicia
pudo más; el pico de los cincuenta los separó
como un abismo; se soltaron las manos, cada
3 Territorio que está bajo la jurisdicción
espiritual del
cura. Iglesia.
cual tiró por su lado; Antón, por una calleja
que, entre madreselvas que aún no florecían
y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.
Desde aquel día en que adivinaron el peligro,
Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana
se personó el mayordomo en el corral
de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia,
de malas pulgas, cruel con los caseros
atrasados. Antón, que no admitía reprimendas,
se puso lívido ante las amenazas de
desahucio.
El amo no esperaba más. Bueno, vendería
la vaca a vil precio, por una merienda. Había
que pagar o quedarse en la calle.
El sábado inmediato acompañó al Humedal
Pinín a su padre. El niño miraba con horror a
los contratistas de carne, que eran los tiranos
del mercado. La Cordera fue comprada en su
justo precio por un rematante de Castilla. Se
la hizo una señal en la piel y volvió a su esta-
blo de Puao, ya vendida, ajena, tañendo
tristemente
la esquila. Detrás caminaban Antón
de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como
puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al
testuz de la Cordera, que inclinaba la cabeza
a las caricias como al yugo.
"¡Se iba la vieja!", pensaba con el alma
destrozada Antón el huraño.
"¡Ella será una bestia, pero sus hijos no tenían
otra madre ni otra abuela!"
Aquellos días, en el pasto, en la verdura
del Somonte, el silencio era fúnebre. La Cordera,
que ignoraba su suerte, descansaba y
pacía como siempre, sub specie aeternitatis,
como descansaría y comería un minuto antes
de que el brutal porrazo la derribase muerta.
Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos
sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban
con rencor los trenes que pasaban, los alambres
del telégrafo. Era aquel mundo descono-
cido, tan lejos de ellos por un lado y por otro,
el que les llevaba su Cordera.
El viernes, al oscurecer, fue la despedida.

Vino un encargado del rematante de Castilla
por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el
comisionado, y se sacó a la quintana la Cordera.
Antón había apurado la botella; estaba
exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le
animaba también. Quería aturdirse. Hablaba
mucho, alababa las excelencias de la vaca. El
otro sonreía, porque las alabanzas de Antón
eran impertinentes. ¿Que daba la res tanto y
tantos xarros de leche? ¿Que era noble en el
yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro
de pocos días había de estar reducida a chuletas
y otros bocados suculentos? Antón no
quería imaginar esto; se la figuraba viva,
trabajando,
sirviendo a otro labrador, olvidada
de él y de sus hijos, pero viva, feliz. . . Pinín
y
Rosa, sentados sobre el montón de cucho,
recuerdo para ellos sentimental de la Cordera
y de los propios afanes, unidos por las manos,
miraban al enemigo con ojos de espanto. En
el supremo instante se arrojaron sobre su
amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían
separarse de ella. Antón, agotada de
pronto la excitación del vino, cayó como en
un marasmo; cruzó los brazos, y entró en el
corral oscuro.
Los hijos siguieron un buen trecho por la
calleja, de altos setos, el triste grupo del
indiferente
comisionado y la Cordera, que iba de
mala gana con un desconocido y a tales horas.
Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado,
clamaba desde casa:
-¡Bah, bah, neños, acá vos digo; basta de
pamemes! -así gritaba de lejos el padre, con
voz de lágrimas.
Caía la noche; por la calleja oscura, que
hacían casi negra los altos setos, formando
casi bóveda, se perdió el bulto de la Cordera,
que parecía negra de lejos. Después no quedó
de ella más que el tíntán pausado de la esquila,
desvanecido con la distancia, entre los
chirridos melancólicos de cigarras infinitas.
-¡Adiós, Cordera! -gritaba Rosa deshecha
en llanto-. ¡Adiós, Cordera de mío alma!
-¡Adiós, Cordera! -repetía Pinín, no más sereno.
-Adiós -contestó por último, a su modo, la
esquila, perdiéndose su lamento triste,
resignado,
entre los demás sonidos de la noche de
julio en la aldea-.
Al día siguiente, muy temprano, a la hora

de siempre, Pinín y Rosa fueron al prao Somonte. Aquella soledad no lo había sido nunca para ellos triste; aquel día, el Somonte sin la Cordera parecía el desierto.
De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.
-¡Adiós, Cordera! -gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.
-¡Adiós, Cordera! -vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.
Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:
-La llevan al Matadero. . . Carne de vaca. para comer los señores, los indianos.
-¡Adiós, Cordera! -¡Adiós, Cordera!
_ -Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía., el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo que les arrebataba, que les devo- raba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones. . . -¡Adiós, Cordera!..
-¡Adiós, Cordera!..
Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el rey. Ardía la guerra carlista. Antón
de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín que, por ser, era como un roble.
Y una tarde triste de octubre, Rosa en el prao Somonte, sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores, su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida por las ruedas, pudo ver un instante en un coche de tercera, multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña. que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.
Pinín, con medio cuerpo afuera de una ventanilla, tendió los brazos a su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba exclamando. como inspirado por un recuerdo

de dolor lejano:
-Adiós, Rosa! . . . ¡Adiós, Cordera! -¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de mío alma! . . .
"Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos: carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas."
Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo el tren perderse a lo lejos, silbando triste, con silbidos que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos.
¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí, que era un desierto el prao Somonte.
-¡Adiós, Pinín! ¡Adiós, Cordera!
Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡Oh!. bien hacía la Cordera en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte.
El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.
En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:
-¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, Cordera!

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

_____

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo